



LA  
SOÑADORA

ADRIÁN G.G.



**DERECHOS Y CRÉDITOS:**

**ADRIÁN G.G.**





## · PREFACIO ·

¡Hola!

Si estás leyendo esto, es porque has decidido descargar este pequeño relato e ir conociendo su inspiracional historia poco a poco, a tu ritmo, en vez de escucharme a mí contarlo.

O quizá hayas optado por hacer ambas cosas.

Sea como sea, muchas gracias por estar aquí.

Eso sí, una ventaja con respecto al relato narrado en mi canal de YouTube es que este prefacio no existe en el vídeo. Así que, si lo ves de esta manera, ¡ya has obtenido más que aquellos que solo hayan decidido escucharme!

No me malinterpretes; a los que han escuchado el relato a través de mis palabras también les estoy muy agradecido. Pero, oye, tú te has molestado en entrar en mi página y buscarlo después de haberlo visto anunciado.

Por lo tanto, nuevamente, muchas gracias por acompañarme una vez más.

Es importante que sepas que este relato no estaba planeado en mis publicaciones programadas. Entonces, ¿por qué existe?

¿Te doy la respuesta más sincera?

¿Sí?

Básicamente, me levanté un día y dije: «¿Por qué no escribo...?». ».

Y eso fue lo que hice: levantarme y escribir esto que estás a punto de leer.

Simplemente, para aclarar aún más, esta pequeña historia no tiene nada que ver con el Stellox; está totalmente fuera. Las siguientes palabras que vas a leer —o escuchar— han sido escritas con el motivo de crear un relato precioso e innovador en mis páginas.

Sin más dilación, ¡te invito a sumergirte en este nuevo evento!  
Espero que lo disfrutes tanto como yo al escribirlo.

*Adrián G.G.*

A Eira le habían contado un montón de historias a lo largo de su vida. Tanto sus padres como sus abuelos y algún que otro amigo, le habían descrito pasajes espectaculares de los antiguos habitantes de su tierra natal, Drømheim.

Drømheim era un pueblecito situado en el norte de Noruega, haciendo límite con el río Verden Av, una –al igual que el pueblo de esta historia– formación de agua tan pequeña que bien podría ser categorizado como riachuelo. Sin embargo, el río Verden Av escondía algo en sus profundidades.

Una de las historias que le habían contado a Eira era, precisamente, sobre el río Verden Av. Dicen las leyendas que hace muchos, muchos años, una habitante de Drømheim sufría de ansiedad y constantes dolores de cabeza. Los curanderos de aquel momento probaron todo tipo de soluciones mágicas, desde ungüentos creados a base de plantas hasta sopas hechas con el jugo de insectos. Sin embargo, nada de esto funcionó.

Un día, sintiendo una gran desesperanza en su corazón, esta mujer fue caminando por las pequeñas calles de Drømheim, completamente desolada debido a la imposibilidad de terminar con su sufrimiento. No es que los dolores de cabeza ni la ansiedad

fueran muy intensos, pero su constancia era lo peor. En su camino, se tropezó con una roca que no había visto.

Este descuido hizo que la pobre mujer, no suficiente con sentir los dolores que sentía, sufriera de dolor físico en todo el cuerpo, ya que, al caer, fue rodando hacia abajo por una pequeña aunque empinada colina. Su desdicha no terminó ahí, pues, de repente, ¡sintió que sus ropajes estaban empapados!

¿Por qué?

¡La colina por la que había caído era una cuyo final se encontraba con el río Verden Av! Aquella mujer, pensó, no podía ser más desgraciada de lo que ya era.

Intentó incorporarse con gran esfuerzo, pero lo máximo que consiguió lograr fue quedarse a gatas sobre las cristalinas aguas del pequeño río, las cuales fluían tranquilamente. La mujer observó su rostro en el espejo que eran estas limpias corrientes. Tenía el rostro manchado de barro a causa de la caída. La mujer se agachó ligeramente y recolectó un poco de agua del río para limpiarse el rostro. Aquello era una mejoría, pues el agua estaba fresca y le aliviaba los diminutos cortes que le había generado el tropiezo. De hecho, los había aliviado del todo.

La mujer palpó su rostro con las manos y los dedos. Aquello no podía ser: ¡no se notaba nada, ni la suciedad ni los rasguños! ¿A tanto había llegado su dolor de cabeza como para hacerla escapar de tal modo de la realidad? Sin embargo, cuando se

inclinó sobre el río, observó que sus sospechas eran ciertas: todos sus males físicos habían desaparecido.

Un momento...

¡Todos sus males físicos habían desaparecido!

De pronto, notó que la cabeza volvía a pertenecerle. Ya no sentía ningún tipo de dolor. Además, la ansiedad se había disipado por completo al averiguar que las aguas habían vuelto a su cauce, nunca mejor dicho.

La mujer no paraba de preguntarse cómo había sido posible aquello. No obstante, la respuesta le fue ofrecida casi al instante: en el fondo del río había una esfera de luz amarilla muy resplandeciente: ¡La Soñadora la había curado!

La Soñadora era una diosa mitológica, un símbolo de esperanza para el pueblo de Drømheim. Cuentan otras leyendas, que también le fueron confiadas a Eira, que La Soñadora fue la primera habitante de Drømheim, que fue ella quien construyó el pueblo con sus esfuerzos, y que, gracias a ello, fue agraciada por el destino con el mayor poder de todos, el cual utilizó para ayudar a sus «hijos», pues así se definían los habitantes de Drømheim de cada una de las generaciones posteriores a La Soñadora.

La Soñadora, desde entonces, vivía en el monte Hvit, una formación rocosa de gran tamaño situada no muy lejos del pueblo, observando y cuidando a sus «hijos» de Drømheim. Al menos, eso contaban las historias. Había habido muchas personas que se

decidieron por viajar al monte Hvit en busca de La Soñadora; ellas querían conocer a su diosa.

¿Lo consiguieron?

Algunos afirman que sí; otros dicen que no; ciertas personas malhumoradas han llegado, incluso, a negar su existencia y, por ende, todos los relatos narrados en su honor.

Así que Eira no se iba a quedar atrás. Ella misma viajaría al monte Hvit en busca de respuestas. Algo dentro de sí le decía que conocería a La Soñadora.

Nunca se lo había contado a nadie, pero de pequeña logró ver esa misma esfera amarillenta en el fondo del río Verden Av, al igual que la mujer del relato. Estaba convencida de ello. En algunas ocasiones, creyó que podría haber sido el reflejo del sol. Pero no. Eira sabía que no. De aquello hacía ya más de treinta años, y siempre, siempre, siempre Eira supo que La Soñadora se le había aparecido por algún motivo.

Ahora, había llegado el momento de conocer ese motivo.

★★★



El camino hasta el monte Hvit, en realidad, era bastante sencillo de caminar, gracias a generaciones y generaciones de habitantes de Drømheim que lo habían recorrido, ya que fueron allanando el terreno más escarpado y facilitando el paso a quien se decidiera asistir a las faldas de la casa de La Soñadora.

Y es que, efectivamente, lo máximo a lo que se había logrado llegar era al inicio del monte Hvit. Nadie —al menos, de manera oficial— había conseguido jamás escalar el monte o nunca había encontrado ningún camino, por tortuoso que fuese, para llegar hasta lo más alto, donde vivía La Soñadora.

Esto es lo que cuentan las historias, por supuesto. Según estas, también, en lo más alto del monte Hvit, uno se encontraría con una gran caverna blanca —por la piedra caliza de la formación rocosa— oculta tras las más grandes enredaderas del mundo, las cuales están decoradas con miles y miles de pequeñas esferas relucientes de vivos colores. Estas esferas, le habían contado a Eira, eran los deseos que los habitantes de Drømheim le habían hecho alguna vez a La Soñadora. Como cada habitante, por supuesto, conocía de su existencia, cada esfera era la representación del alma de cada uno.

Se cuenta que una nueva esfera aparece al instante en que nace un bebé. ¿Por qué? Básicamente, porque los padres

agradecen a La Soñadora el deseo concedido, es decir, el nacimiento de su pequeña criatura. Cada nueva esfera aparece en el momento en que un nuevo descendiente del pueblo de Drømheim escucha el nombre de su esperanza encarnada; he ahí el motivo.

Lo más curioso de todo es que cada nueva esfera que aparece en las enredaderas del monte Hvit es opaca. Esto se debe a que, por supuesto, el bebé no es consciente de la existencia de La Soñadora —aunque algunas historias afirman que la puede sentir en su interior— y a que tampoco posee la capacidad del raciocinio; por lo tanto, no le puede pedir ningún deseo. A medida que el bebé crece y su cerebro y corazón van tomando forma, comenzará a pensar en La Soñadora y en cuántos deseos quiere pedirle: desde juguetes hasta ropa nueva y más amigos. De esta forma, la luz brillante y el vivo color de la esfera crecerán al mismo tiempo que sus deseos, y este brillo se irá intensificando a medida que esa persona tenga más y más deseos a lo largo de su vida.

Lo más bonito de todo es que cuando la persona fallece, su esfera no se apaga. ¿Por qué? Porque, según las leyendas, el alma vuelve a su hogar original, es decir, a la esfera que le corresponde, y, por lo tanto, todos los deseos prosperarán para siempre junto con La Soñadora y los demás, incluyendo los de sus seres queridos, quienes, al igual que las esferas están juntas, mantienen sus almas conectadas con las de sus difuntos, perdurando la persona en el corazón y recuerdo de todos para siempre.

Eira no se había dado cuenta de la cantidad de tiempo que llevaba rememorando leyendas y cuentos en su mente. Echó un vistazo atrás y vio que ya había recorrido bastante camino. Frente a sus ojos, el monte Hvit —el cual era visible desde todos los rincones de Drømheim— reinaba con todo su esplendor. ¡Era increíble cómo los pensamientos de uno pueden hacerle difuminar la realidad! Aquello encauzó de energía a Eira, tanto los recuerdos como la imagen del monte, quien decidió que lograría llegar hasta la cima del hogar de La Soñadora. Sería la primera persona en lograr dicha hazaña y poder contárselo a todos en el pueblo.

De repente, un leve llanto producido por un quejido lastimoso se internó en su oído izquierdo. Al fijar la vista en aquella dirección, vio a una anciana llevando un gran saco atado a la espalda, el cual la hacía encorvarse peligrosamente: ¡parecía estar a punto de caer al suelo!

Eira llamó la atención de la señora, quien se fijó en la mujer, y se acercó a ella, intentando descubrir si la pudiera ayudar a cargar con aquella pesada carga.

—Que La Soñadora la guíe, señora —la saludó Eira con la forma habitual de Drømheim—. Veo que ese saco es muy pesado. ¿Necesita que le eche una mano?

La anciana, que iba encorvándose cada vez más por momentos, soltó una pequeña risita.

—Es muy pesado, en efecto, hija —dijo, divertida—. Sin embargo, no servirá de nada que me ayudes, pues es mi deber, y solo mi deber, acarrear con esta mi ponderosa carga.

—No lo niego, señora —insistió Eira—, pero me gustaría ofrecerle mi ayuda hasta donde quiera que termine su camino. Al fin y al cabo, el mío acaba de empezar y no terminará temprano.

La anciana miró directamente a los ojos de Eira y levantó las cejas en señal de sorpresa. Después, miró brevemente al monte Hvit.

—¿Vas a ver a La Soñadora? —le preguntó a Eira.

—En efecto —asintió la mujer.

La anciana imitó el gesto de Eira, aunque aumentándolo un par de veces más.

—Eso está bien, querida —dijo—. Eso está muy bien.

El tono en que dijo aquellas palabras le sonó a Eira como nostálgico, como si la señora se hubiese acordado de algo que había sucedido hacía mucho tiempo.

—Entonces, ¿me deja ayudarlo? —se ofreció Eira.

La anciana se encogió de hombros lo mejor que pudo, teniendo en cuenta el peso del saco. Después, sin decir nada más, volvió a asentir y dejó que Eira cogiese el saco.

«¡Es increíblemente ligero!», pensó. «Quizá el problema resida en colocárselo a la espalda». Sin embargo, su primer pensamiento volvió a cobrar vida cuando Eira notó que, en efecto, el saco no pesaba en absoluto.

Dudó en si decírselo a la señora o no, pues no quería parecer maleducada. Al fin y al cabo, sus músculos y sus huesos eran más jóvenes y fuertes que los de la anciana. Por lo tanto, decidió que lo mejor sería sonreír.

—¿Hacia dónde? —le preguntó a la anciana.

—Por aquí, querida —indicó—. Muchas gracias, por cierto.

Durante todo el trayecto hasta su casa —una pequeña cabañita situada en una ladera desde la que se podía ver todo el pueblo—, Eira observó cómo la señora, a pesar de no cargar con el saco, seguía caminando encorvada. Aquello le extrañó aún más, pues ella caminaba como si no llevase absolutamente nada.

—Es aquí —señaló la cabaña la señora—. Ya puedes bajarlo, encanto.

Eira asintió. Se quitó el saco de la espalda con suma facilidad y lo dejó en el suelo, como se lo indicó la anciana. Al igual que antes, no quería sonar maleducada, pero no pudo retener más la pregunta en sus labios:

—Disculpe mi atrevimiento, señora, pero ¿podría saber qué lleva en el saco? Me ha resultado sumamente fácil cargar con él. No quiero decir que usted sea débil, ni mucho menos, pero es cierto que ha despertado mi curiosidad.

La anciana rio.

—Es normal que no te pesara, querida —dijo—. Al fin y al cabo, no es tu carga, sino la mía. Habrás, sin duda, observado cómo, a pesar de no cargar con el saco, he continuado caminando

encorvada. He ahí el motivo por el que te dije que no era necesario que me prestases tu ayuda, pues siempre portaré esta carga. Aun así, has tenido un gesto precioso, y estoy segura de que La Soñadora te concederá tus deseos con el mayor de los gustos.

»Sin embargo, si quieres saber qué es lo que hay en el saco, baste con decirte que está lleno de experiencias, vivencias, recuerdos, emociones y muchos, muchos años.

Tras terminar de hablar, la anciana volvió a cargar con su saco, esta vez llevándolo en sus brazos, y entró en su cabañita, no sin antes despedirse de Eira:

–Te deseo la mayor de las esperanzas, querida. Que tus deseos se cumplan y tu carga sea, finalmente, más ligera que la mía.

Y cerró la puerta.

Las palabras de la señora habían generado un popurrí de sentimientos dentro de Eira. Recordaba sus palabras: «...está lleno de experiencias, vivencias, recuerdos, emociones y muchos, muchos años». «...y tu carga sea, finalmente, más ligera que la mía».

Eira acababa de conocer a una auténtica luchadora de la vida. A pesar de no saber qué era exactamente, uno por uno, todo lo que ese saco contenía, Eira era consciente de que aquella señora había pasado por mucho y que, a pesar de caminar encorvada, continuaba luchando día tras día.

★★★



Mientras Eira continuaba su camino, se encontró con más personas que le enseñaron alguna que otra cosa valiosa. Parecía increíble que, a pesar de haber vivido muchas cosas, aún pudiese seguir aprendiendo.

Sin embargo, la persona que más le llamó la atención a Eira, después del encuentro que tuvo con aquella ancianita, fue un joven llamado Íloran.

Íloran tenía veintidós años. Caminaba solo hacia el monte Hvit, sin ningún tipo de equipamiento más que la ropa que llevaba puesta y los zapatos que calzaba. Desde un primer momento, aquello hizo que Eira abriese los ojos, sorprendida. Nadie, absolutamente nadie, realizaba el camino hacia el monte Hvit sin nada más que lo puesto. ¡Aquel chico debía de estar loco!

—Perdona —le llamó Eira cuando se encontraba a su lado.

Íloran, de grandes ojos azulados y cabellera plateada, saludó a Eira, recibéndola con una gran sonrisa, en la que sus blancos dientes parecían haber nacido de la misma nieve.

—¿Por qué vas...? —preguntó Eira, señalándole—. No quiero ser maleducada, pero...

Íloran rio con mucho ímpetu. Eira, al verlo, dejó inacabada su frase.

—No te preocupes —dijo el muchacho—. Llevo todo lo que necesito conmigo.

¿Cómo era aquello posible?

—No me crees, ¿eh? —sonrió Íloran.

Eira miraba extrañada al chico de dientes de nieve.

—Es que... nunca he visto que alguien vaya por aquí sin... nada —dijo Eira lentamente.

Íloran chasqueó los dedos.

—He ahí la cosa —dijo—. El ojo te engaña, viajera, así que has de mirarlo desde otra perspectiva. Entonces vislumbrarás y serás consciente de que llevo conmigo cuanto necesito. ¡Puede que incluso sea la persona con más equipaje del lugar!

Sí, definitivamente, ¡aquel muchacho estaba loco!

—Disculpa, pero no lo comprendo —se sinceró Eira.

El chico de cabella plateada señaló hacia delante, al monte Hvit, y dijo:

—Prosigamos nuestro camino, ¿de acuerdo? Tengo tiempo suficiente para contártelo todo.

Eira asintió.

La mujer perdió completamente la noción del tiempo. Esto, por supuesto, no era algo malo. Se debía a que estaba tan enfrascada en la historia de Íloran —quien, por cierto, conocía el nombre de Eira, por algún motivo que no quiso explicar— que llegó un punto en el que su mente y su cuerpo viajaban por planos diferentes, aunque encaminados hacia un mismo propósito.

Íloran, a pesar de su joven edad, había vivido muchas más cosas que la mayoría de personas de mucha más edad que él. Esto, como recalcó él, podría ser un milagro o una maldición, todo dependía del cristal por el que se mirase. Como Eira no entendió muy bien la metáfora del cristal, Íloran se lo explicó con mucho gusto:

—Mira, es bastante sencillo. Imaginemos que en este preciso instante se nos presenta un problema bastante peliagudo, y no sabemos cómo solventarlo. Bueno, eso es lo primero que hay que hacer: reconocer que, por muy negro que se vea algo, siempre existe una solución, pero hay que buscarla, y saber hacerlo.

»Coge el color negro como referencia inicial. Imagínate un cristal tintado del mismo color. Si mirases a través de él, no verías absolutamente nada, ¿verdad? O conseguirías vislumbrar aquello que se encuentra tras el cristal, pero como está demasiado oscuro, por mucho que fuerces a tus ojos a detallarlo, te resultará imposible saber qué es. No obstante, de alguna manera, sí que sabes lo que es: la solución a tu problema. Claro, pero mirándolo a través de este cristal, ¿cómo vamos a saber qué hay que hacer? La respuesta se encuentra delante de tus narices. No la vas a dejar escapar así como así, ¿no? Entonces, rodeemos el círculo.

»La solución al problema está situada en el centro de un gran círculo de cristales, todos ellos de un color diferente. Estamos en el negro, y no podemos ver nada, así que nos tendremos que mover. ¿Qué color te gustaría probar ahora?

Eira se quedó pensando en la respuesta. No sabía muy bien si aquello tenía truco. Sin embargo, como no consiguió nada estrujándose los sesos, decidió elegir uno al azar, el primero que se le vino a la mente:

–El blanco.

–El blanco –asintió Íloran–. ¿Por qué el blanco?

Eira no quería ser totalmente sincera, pues quedaría en mal lugar. Se le ocurrió una respuesta, una que le gustó mucho y que, para ella, tenía bastante sentido:

–Porque el blanco es muchísimo más claro que el negro. Si el negro tapaba la solución, seguro que con el blanco se puede ver mejor.

Íloran se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

–Buen razonamiento –la felicitó–. Probemos, pues. Vayamos al cristal tintado de blanco.

»Efectivamente, a través del cristal blanco podemos ver más de la solución. Sin embargo, ¿qué sucedería si no fuésemos capaces de verla en su totalidad?

–¿Cambiaríamos a otro cristal? –sugirió Eira.

–No sin antes hacer otra cosa, algo sumamente importante –respondió Íloran.

–¿El qué?

–Quedarnos con lo que hemos descubierto a través del cristal blanco. Puede parecer una tontería, pero si olvidamos aquello que hemos descubierto, por muy leve o tenue que haya sido, no

conseguiremos obtener la totalidad de la solución. ¡Qué desastre sería si nos fuésemos, por ejemplo, al cristal amarillo y se nos olvidase lo que nos mostró el cristal blanco!

—Pero —dijo Eira—, si el cristal amarillo nos enseña la solución por completo, ¿para qué íbamos a necesitar recordar lo del cristal blanco?

—Ese es el secreto, Eira —respondió Íloran—: ningún cristal jamás podrá enseñar la totalidad de la solución. Siempre hay que mirar los problemas desde distintas perspectivas y acordarnos de lo que hemos obtenido de cada una de ellas.

»A veces, no es necesario mirar a través de cada uno de ellos. A veces, con dos nos servirá. A veces, con cinco nos servirá. Lo más importante de todo es reunir nuestro conocimiento y llegar a una conclusión central, como un puzle que se va resolviendo poco a poco, pieza por pieza.

»Esa es la única forma verdadera de llegar al centro, de llegar a la solución. La gente que decide quedarse solo con la primera impresión, creará haber llegado al centro, cuando, en realidad, no han hecho más que mirar hacia otro lado.

Eira comenzaba a comprender.

—Ese es el secreto de la vida, querida Eira —dijo Íloran, sonriendo—. Nada resulta tan complicado. Puede que nos encontremos con el cristal negro, el peor de todos, pero hasta este te enseña cosas, te enseña a valorar las otras opciones y a verlo todo mejor, de un color más agradable.

»Por eso yo llevo conmigo todo aquello que necesito. Ninguna piedra que se interponga en mi camino es lo suficientemente grande como para no poder rodearla. Al final, un círculo puede tener varias entradas hacia su centro, ¿no es así?

Eira miraba a Íloran completamente absorta en aquello que el chico le había enseñado.

—Aquí he de despedirme de ti, Eira —dijo Íloran—. He agradecido muchísimo tu compañía. Que el resto del camino se te haga lo más ameno posible, y recuerda que todo tiene solución, no importa el primer cristal, pues siempre habrá más a tu alrededor.

Y se marchó.

Aquel muchacho estaba loco, sí: loco por la vida.

★★★



Eira no era consciente del tiempo que había pasado en realidad desde que emprendió su pequeño aunque emocionante viaje.

No había parado de encontrarse con más y más personas. Todas estas, diferentes cada una de ellas, parecían compartir el mismo propósito: contarle historias a Eira.

Resultaba ser algo muy curioso, pues Eira veía cómo, si se encontraban otras personas por el camino, no se hablaban entre ellas; como mucho, se saludaban brevemente.

Además, todas y cada una de las personas a las que había conocido Eira en su camino eran desconocidas, incluso aquellas que afirmaban ser de Drømheim. Al principio, a Eira le costó creer esto, pues ¿cómo no iba a conocer a alguien de su pequeño pueblo? Sin embargo, estas personas conocían bien las historias, así que parecía ser que no conocía a todo el mundo, como ella pensaba.

De repente, un sonido sacó a Eira de sus pensamientos. Intentó escucharlo mejor. Parecía ser algún tipo de instrumento musical. Se esforzó en detectar de dónde procedía, pues el viento se había hecho mucho más fuerte recientemente.

Un momento.

Si el viento se había hecho más fuerte, eso quiere decir que...

Al levantar la vista y centrarla, vio ante sus ojos las faldas del monte Hvit, con la formación rocosa coronando el cielo. ¡Había llegado al final del camino!

No. No era el final del camino.

Puede que los demás no fueran capaces de ascender hasta lo más alto, hasta el hogar de La Soñadora, pero Eira estaba segura de que sí. Aquel sentimiento de decisión que había sentido antes de partir no la había abandonado en ningún momento de la travesía.

Comenzó a mirar hacia todos lados. Efectivamente, parecía imposible subir más allá, pues –aunque ella no sabía– no se podía siquiera escalar la pared rocosa.

–Tiene que haber alguna manera –dijo Eira en voz baja, dirigiendo sus palabras a sí misma.

De repente, el sonido del instrumento musical volvió a aparecer. Ahora, Eira lo escuchaba mucho mejor, ya que el viento parecía haber cedido: alguien estaba tocando el violín. Aquel era un instrumento con el que Eira estaba muy familiarizada, pues su abuelo era un experto en entonar las más bellas melodías. De hecho, aquella que captaban sus oídos en aquel preciso momento era idéntica a la favorita que tocaba su abuelo, una preciosa canción sobre el amor correspondido llamada *Sobre mis porqués*.

Eira se dirigió hacia el lugar de procedencia del sonido musical. Tuvo que rodear un par de grandes rocas para encontrarse con la persona que estaba tocando, efectivamente, el violín.

—Que La Soñadora la guíe, joven —saludó el hombre que acariciaba el instrumento. Era un anciano de poblada barba blanca y sin pelo en la cabeza. Vestía con un chaquetón marrón, unos pantalones negros y botas altas. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared del monte, y el violín se encontraba en sus manos, esperando a continuar su melodía, la cual había pausado al ver a Eira.

—Igualmente, señor —devolvió el saludo Eira. Se acercó un poco más a él—. ¿Qué hace aquí?

—Lo mismo podría preguntarte, querida —respondió el hombre.

—Oh, bueno, pues he venido a...

—A ver a La Soñadora —terminó el anciano las palabras de Eira.

La mujer cerró la boca y asintió.

—Ludwig, por cierto —dijo el hombre, revelando su nombre. Después, antes de que Eira pudiese decir nada, continuó hablando—. Sí, bueno, yo también he venido por el mismo motivo, ¿sabes? Pero, como puedes ver, no hay manera de llegar a la cima. La verdad, todas las historias que se cuentan... ¡No sé si creérmelas! Aunque a ti te gustan las historias, ¿verdad, Eira?

Eira asintió.

—Sí —dijo—. Mis abuelos y mis padres siempre me... Espere, ¿sabe mi nombre?

El anciano Ludwig sonrió.

—¿Y quién no? —expresó en voz baja, casi como si se lo estuviese diciendo a él mismo.

Eira frunció el ceño y se acarició el labio inferior con dos dedos, incapaz de comprender.

—Disculpe, pero...

—No lo entiendes —terminó, nuevamente, el hombre por Eira. Ahora sí que no sabía qué decir.

—No te preocupes, Eira —sonrió Ludwig—. Es normal que te sientas así. Al fin y al cabo, llevas haciéndolo durante toda tu travesía, ¿no es así? Todas esas historias que te han contado aquellos con los que te has cruzado en tu camino. Todas las enseñanzas que has obtenido de cada uno de ellos, sobre todo de la ancianita y de Íloran.

»Y ahora, por si fuera poco, te encuentras con el viejo Ludwig, tocando el violín como ya lo hiciera tu abuelo. *Sobre mis porqués* es una canción realmente bella, Eira. Tu abuelo tenía el mejor de los gustos.

Aquello era demasiado.

—¿Conocía a mi abuelo? —quiso saber Eira. Las preguntas no cedían—. ¿Y cómo sabe lo que me ha pasado por el camino? ¿Cómo sabe lo de la ancianita? ¿Y lo de Íloran? ¿Es que, acaso, han venido todos hasta aquí para decírselo? ¿Y quién es usted, realmente?

Ludwig rio.

—Está bien, está bien —dijo, levantando las manos en señal de espera—. Comprendo tus dudas, Eira, pero siento comunicarte que

yo no dispongo de ellas. La única manera de lograr tus respuestas se encuentra ahí arriba. —Y señaló el monte Hvit—. Ella es la única que puede ofrecerte la sabiduría que andas necesitando.

Eira miró hacia arriba, hacia lo más alto del hogar de La Soñadora.

—Pero ¿cómo voy a llegar? —preguntó—. Usted mismo ha dicho que es imposible.

El viejo Ludwig la miró, entornando sus ojos.

—¿Cuándo he mencionado yo semejante palabra? —expresó—. No, no. No existe aquello que sea imposible. ¿Muy difícil? Por supuesto. ¿Desesperante? Claro, cómo no. ¿Agobiante? Y qué no. Pero ¿imposible? ¡Imposible!

—Disculpe, pero... estoy muy confundida.

Ludwig no dijo una sola palabra más. Solamente volvió a señalar hacia lo más alto del monte Hvit y continuó tocando *Sobre mis porqués*.

En todo aquel caos inmediato por el que estaba pasando Eira, la mejor opción que le quedaba era sentarse junto a aquel hombre a escuchar la misma canción que tocaba su abuelo cuando era pequeña.

No tenía alternativa, y necesitaba serenarse.

Poco a poco, Eira fue cerrando los ojos, a medida que las notas musicales entraban cada vez más dentro de ella, llegándole al corazón.

En un instante, Eira comenzó a soñar.

La Soñadora se despertó.

Había tenido unos sueños maravillosos, y muy variados.

No recordaba todos ellos, por supuesto, pero sí que conseguía visualizar en su mente alguno que otro, sobre todo momentos.

Había sido un viaje realmente delicioso.

Al levantarse, como cada mañana, La Soñadora salió a respirar aquel aire tan puro que reinaba en lo más alto del monte Hvit, el cual había sido su hogar desde tiempos inmemoriales. Se encorvó, como cada mañana, para pasar por las enredaderas más grandes del mundo, las cuales protegían su hogar. Observó, como cada mañana, las esferas de luz que adornaban las enredaderas, todas ellas de distintos y variados colores. Escuchó, como cada mañana, el dulce tocar del violín, cuyas notas resultaban ser realmente reconfortantes.

A lo lejos, La Soñadora veía su antiguo hogar, Drømheim, donde había nacido. Cada día recordaba sus días en el pequeño pueblecito.

Recordaba a sus padres, contándole la historia de la mujer que se cayó al río Verden Av.

Recordaba a sus abuelos, quienes le tocaban canciones.



Recordaba a sus amigos, quienes le habían acompañado a lo largo de su camino.

Recordaba a todas aquellas personas que alguna vez habían escuchado su nombre.

Todos, hasta los recién nacidos, conocían su existencia. Algunos, incluso, la negaban, a pesar de que se habían cruzado con ella misma. No obstante, La Soñadora era consciente de que hasta estas personas sabían que existía. Y que cada historia que contaban sus hijos eran reales.

Las respuestas reposaban en los sueños de cada uno.

Como los sueños de La Soñadora, quien vivió en los corazones, las mentes y los recuerdos de todo el mundo. Sin embargo, cada sueño podía ser diferente. De hecho, algunas personas conocen a La Soñadora de una forma un tanto diferente al resto.

La mayoría se referirán a ella como La Soñadora.

Otros, en cambio, la llamarán Eira.

Fuese como fuese, se viviese como se viviese, cada historia era real, pues cada sueño portaba el alma de cada uno de los habitantes de Drømheim.

Y del mundo entero.

*Fin*